

Séneca, en Mérida, con su Medea

España, que en los días de Sertorio y en el primer proceso de su romanización, debió seguramente de importar gramáticos y retóricos, estuvo muy pronto en disposición de exportarlos. Desde el año 62, antes de Jesucristo, ya se hablaba en Roma de los poetas de «Corduba», que formaban escuela y se distinguían por su pronunciación ronca y espesa y por un acento peregrino que ofendía los lisos oídos de Cicerón. Marco Porcio Latrón ocupaba el primer rango entre los oradores, en tiempo de Augusto; y tenía un estilo tan propio e inconfundible, un estilo tan «español», que los otros declamadores lo remedaban, traduciendo a sus arengas el característico «color latroniano». Para otro español, árbitro éste del buen gusto, el probo e incorruptible Marco Fabio Quintiliano, fundó el emperador Vespasiano la primera cátedra de elocuencia pública, y la desempeñó tan a conciencia y con tanta autoridad este profesor de Calahorra, que mereció el dictado de «Moderador de la vaga juventud». No pecan ciertamente de benignos los epítetos que Cicerón dedica a los poetas cordobeses. Algunos lustros más tarde, Horacio temía para su primer libro de «Epístolas» un exilio en Lérida, orillas del Segre, que a Lucano le pareció río no pequeño. Pero luego Horacio se congrató con España, augurando que el perito ibero que del Ebro bebe y el galo que bebe del Ródano, llegarían a leerle y a aprenderle.

Porcio Latrón abrió el camino de Córdoba. A zaga de sus huellas, siguióle a Roma el jefe de la familia cordobesa de los Anneos, Anneo Séneca, a quien la posteridad debía conocer por Séneca el Retórico. Comenzó sus estudios en Córdoba, pero los completó en Roma, adonde se trasladó a los quince años, y, durante otros tantos, oyó allí las lecciones de Marulo. De ese estudioso postlímínio, ahito de retórica, el futuro autor de «Controversias» y de «Suasorias», regresó a su Córdoba natal. Allí tomó por mujer a Helvia, dama de calidad, amén de española, cordobesa. Y en Córdoba se detuvo el tiempo necesario para que sus hijos fuesen cordobeses y españoles. Tuvo tres varones, conspicuos los tres que ennoblecieron aún más su alta sangre: Lucio Junio Galión, Lucio Anneo Séneca, y Marco Anneo Mela. El primogénito, Galión, no siguió el «cursus honorum» que deparaba en Roma la elocuencia; se dedicó a gobernar pueblos, vocación específicamente romana, el famoso verso de Virgilio:

Tu regere imperio populus, Romane, memento.

Fué procónsul en Corinto, que se espejea en dos mares. A Galión le cupo la robusta gloria de que su nombre quedase consignado nada menos que en el libro de los «Hechos de los Apóstoles». El motivo fué la algarada que promovieron los judíos contra el apóstol Pablo, quien, al decir de ellos, persuadía a los hombres a dar culto a Dios con unos ritos contrarios a la ley; y le arrastraron ante el tribunal del procónsul. ¿Contra qué ley?, se preguntó el cauto procónsul, ya antisemita por temperamento, como más reciamente afirmó serlo su hermano el filósofo ¿Contra la ley judía o contra la ley romana? Entendió que contra la ley judía. Y dijo secamente a los alborotados: «¡Oh judíos! Si se tratase de una injusticia o un crimen grave, razón sería que os escuchase; pero tratándose de puntos de doctrina y de vuestra ley, allá vosotros lo veáis. Yo no quiero ser juez en tales causas» Y les echó del tribunal. El tercer hijo fué Marco Anneo Mela, que por su matrimonio con Acilia, cordobesa también, fué padre del gran poeta Lucano. Pero la gloria máxima de la familia, aquel sobre quien se inclinaba y gravitaba la casa toda de los Sénecas, fué el segundogénito, Lucio Anneo, que en el comienzo de un orden de siglos nuevos, sólo cuatro años de ventaja llevó sobre la edad temporal de Jesucristo Séneca padre, que a Roma había ido solo y de Roma tornado solo, a los quince años de ausencia y apartamiento, segundaba el viaje con los preciosos aumentos de una minúscula e inmortal colonia de cordobeses: Helvia, su mujer; sus hijos. Galión y Mela, en espera de que Lucio Anneo, el glorioso predestinado, que toda su vida adoleció de ruin salud, fuese más tarde a reunirse con sus padres y sus hermanos, llevado de la mano de una tía, hermana de su madre, que abrigó siempre para el sobrino, valetudinario perpetuo, un ánimo verdaderamente materno

Pero, ¿qué encanto no tendría aquella Córdoba que dejaba la «gens Annea» cuando Valerio Marcial, hijo de la arisca Bilbilis, la requibraba cual si fuera mujer y mujer hermosa? «Córdoba, más lozana que el olivífero Venafro; Córdoba, más perfecta que un ánfora del Istro; Córdoba, más blanca que las ovejas del Galeso; Córdoba, sincera, que no mientes púrpuras, sino que es vivo el color que tus rebaños lucen»

Así quedó plantado dentro del cerco de las Siete Colinas, en la áurea Roma, un hogar español ejemplarísimo, que, ¡ay dolor!, había de perecer todo de una vez, envuelto en la conjuración de Pisón, abortada, el año 65, que lo sumió en la hecatombe. De este total hundimiento sólo se salvó la noble figura de Pola Argentaria, la

joven viuda de Lucano, severa columna única que enhiesta quedó de todo el peristilo arruinado.

Por espacio de algunos siglos estuvo en boga la hipótesis de dos Sénecas, filósofo el uno y trágico el otro. Fué el poeta Marcial, quien creó la confusión con unos versos ambiguos:

Duosque Senecas unicumque Lucanum
facunda loquitur Corduba.

Córdoba, la fecunda, celebra su doble Séneca y su Lucano único. Cuatro siglos más tarde aumenta el embrollo el poeta cristiano Sidonio Apolinar, al decir que de los fecundos Sénecas cordobeses, el uno rinde culto a Platón y el otro tañe en la orquesta de Eurípides.

Hoy sólo nos interesa el Séneca que tañe el sonoro metal en la casi wagneriana orquesta de Eurípides. De todos sus héroes míticos sólo hoy nos interesa la atroz Medea, cuyos maullidos de tigre, huérfana de sus cachorros, van a oír los mármoles rotos y el teatro despedazado de «Emerita Augusta».

De Séneca, uno y múltiple, son, sin posible duda, nueve de las diez tragedias que nos han llegado con su nombre: la misma doctrina filosófica, la misma lengua, el mismo estilo, la misma rápida brevedad, los mismos rasgos de agudeza, la misma vehemencia enfática, la misma prodigalidad de dichos sentenciosos, las mismas contorsiones del afán español, de la grandiosidad. Son piezas más que para representadas para ser leídas; para refugiarse en los salones doctos frecuentados por Séneca, conversador delicioso, regalo de los oídos de su tiempo, oráculo de aquellos círculos romanos, asilos de la virtud antigua, forja de almas viriles que bajo la tiranía cesárea se preparaban a bien morir a la hora que fuese, que siempre era la impensada.

En las fieras truculencias de nuestra Medea, ¡cuán blandamente suena la evocación de sus bodas felices y envenenadas luego! ¡Y cómo recuerda a Horacio la maldición que fulmina la esposa abandonada contra los que, con quebradizo leño rompieron los mares pérfidos! Y cuán irrefrenable emoción no causa recitada en el corazón de Extremadura, de donde salieron tantos osados argonautas que domeñaron el mar tenebroso y la selvaticidad del Orbe nuevo, aquella tremebunda profecía que parece inspirada del Espíritu: «En edades tardías, venir han unos siglos en que el Océano relajará sus cadenas y se abrirá una tierra inmensa, y Tetis revelará un mundo nuevo y Tule no será la postrera de las tierras»

Lorenzo Riber

de la Real Academia Española

(*A B C», Madrid, 12 abril 1955)